

A modo de prólogo: Una lectura del *Manifiesto comunista* 150 años después

Armando Hart

Conmemoramos este año [1998] el 150 aniversario del histórico *Manifiesto comunista*; ello debe mover a reflexiones especialmente a quienes hemos abrazado el pensamiento democrático y social, forjado en las dos últimas centurias de la civilización occidental.

La introducción de la cuestión social como tema esencial de la cultura es relativamente reciente en la historia de Occidente. Fueron propiamente los creadores del célebre documento, quienes con mayor coherencia y rigor arribaron a la verdad filosófica más provechosa para el hombre en su milenaria historia: la necesidad de que la Filosofía orientara la transformación revolucionaria de la sociedad.

«Un fantasma recorre Europa» — dice el *Manifiesto* —, el fantasma se ha mantenido en el centro de la historia durante este siglo y medio. No ha existido desde entonces acontecimiento político importante que no estuviera, directa o indirectamente relacionado con el fuego de ideas y sentimientos generados por el documento de 1848. En la subconciencia histórica ha estado

presente de una forma u otra, bien para apoyarlo o para atacarlo; pero lo más importante es haberse mantenido durante 150 años en el entretejido de las ideas y aspiraciones redentoras en el seno de la civilización occidental. Debemos preguntarnos si la humanidad puede olvidarse de las esperanzas y aspiraciones liberadoras marcadas por el ideal comunista.

El *Manifiesto* fue escrito para describir y denunciar el régimen social capitalista europeo de mediados del siglo XIX. Ningún documento político lo hizo entonces con mayor profundidad y claridad, ni expresó más fielmente las necesidades revolucionarias de su momento histórico.

En este trabajo Marx y Engels describieron con profundidad científica y alta calidad literaria, la esencia de la historia social y económica desde la más remota antigüedad hasta su época; ningún otro documento de su género lo superó entonces en el análisis. Sin sus lecciones no podría entenderse la evolución ulterior de la historia de la segunda mitad del siglo XIX, y de todo el XX. Para estudiarla debemos partir de la lógica de sus autores, de otra forma no podremos conocer lo aportado y dónde están las limitaciones por esencia presente en toda obra humana. Se trata, pues, de un texto con valor cultural irrenunciable.

Tanto la aplicación práctica del pensamiento de Marx y Engels en las últimas décadas, como la propaganda enemiga sobre el mismo, impusieron en la conciencia de millones de personas la creencia y el punto de vista de que se trata de un dogma inflexible, cuando en realidad las esencias filosóficas de las ideas de los célebres redactores del *Manifiesto* son precisamente todo lo contrario a la rigidez dogmática.

En el juicio del Moncada el 26 de julio de 1953, cuando el fiscal le refutaba a Fidel como delictuoso el hecho de que en el apartamento de Haydee y Abel Santamaría existieran libros

de Lenin, nuestro Comandante en Jefe respondió: «El político que no haya leído y estudiado a Lenin es un ignorante». Hoy podríamos repetir: el político que no haya leído el *Manifiesto comunista*, es también un ignorante. Quienes, como Fidel, lo estudien y se nutran de sus enseñanzas, y a la vez abracen la causa de los pobres, podrán encontrar los verdaderos caminos para la revolución.

Al leer el *Manifiesto comunista* desde el fundamento de la experiencia transcurrida en el último siglo y medio, comprobaremos la más profunda y nítida descripción del tiempo histórico de cuando fue escrito, y encontraremos enseñanzas inapreciables para el mundo de hoy.

El lector, al confrontar la evolución humana transcurrida con las líneas esenciales del *Manifiesto*, confirmará que el capitalismo ha continuado su marcha descarnada para apoderarse del valor creado por el trabajo humano y el mismo sigue siendo sustraído a los trabajadores. El robo se ha mantenido, ampliado y realizado en forma más dramática. Si somos capaces de hacer una abstracción, nos puede conducir a la interpretación de los hechos concretos situados a nuestra vista. Confirmaremos, si lo hacemos sin prejuicios, cómo la sociedad capitalista está poniendo en crisis las relaciones de producción creadas por el propio sistema.

La moderna sociedad burguesa, salida de entre las ruinas de la feudal, continuó marchando en medio de las propias contradicciones y antagonismos que la generó, sin abolirlos; únicamente ha seguido sustituyendo las viejas condiciones de opresión por otras nuevas. Podrá apreciarse que la explotación del trabajo humano y los antagonismos económico-sociales han continuado amenazando de una manera cada vez más grave el futuro del hombre sobre la tierra. Dondequiera que ha existido

el poder de la burguesía, ha seguido convirtiendo las relaciones de producción en factor enajenante para hacer de la libertad personal un simple valor de cambio. El capitalismo sustituye las numerosas libertades estructuradas y adquiridas, por la inhumana y desalmada libertad de comercio; podemos decir que en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas o políticas, ha seguido estableciendo una explotación abierta, directa, descarnada y brutal.

Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia en estos últimos 150 años, ha seguido convirtiéndolos en sus servidores asalariados, ha continuado descorriéndose el velo de emociones y sentimientos que encubrían en el pasado las relaciones familiares reduciéndolas a simples relaciones de dinero. Asimismo podrá comprenderse que la burguesía no puede existir, si no es a condición de transformar incesantemente los instrumentos y relaciones de producción y, por consiguiente, las sociales en general. El capitalismo ha profanado todo lo sagrado, y los hombres se han visto obligados a analizar el carácter de sus relaciones sociales reales.

La explotación del mercado mundial ha seguido su marcha acelerada. La burguesía ha dado un sentido más cosmopolita e internacional a la riqueza y al consumo de todos los países, y lo ha hecho cada vez con mayor fuerza discriminatoria. La llamada globalización equivale a otra etapa del proceso de internacionalización capitalista de la riqueza estudiado por Marx en su tiempo y descrito por Lenin en el suyo; se confirman así descubrimientos sustantivos de los autores del *Manifiesto*. Pero es más, el imperialismo en su desarrollo ha seguido alentando los peores instintos humanos, viene destruyendo las propias relaciones sociales, políticas y jurídicas creadas en el mismo proceso de la modernidad capitalista. Ejemplo de ello lo tenemos en su

sistemática agresividad contra valores como el Estado, la nación y organizaciones internacionales, entre ellas, las Naciones Unidas, la UNESCO, etc. Este es un proceso gravísimo de destrucción que amenaza la civilización en su conjunto.

Sin embargo, para promover las ideas redentoras contenidas en el *Manifiesto*, es necesario estudiar lo que resultó diferente a los presupuestos en que se fundaron los autores de estas memorables páginas. Ellos estaban conscientes de que sus valoraciones tenían como base la realidad europea; no podía exigírseles otra cosa porque de la visión eurocéntrica no se libró lo más prominente del pensamiento revolucionario europeo del siglo XIX. Si se va a interpretar más allá de estas fronteras, se deben estudiar los tiempos y espacios históricos de otras regiones para luego hacer las necesarias comparaciones.

Estúdiese el *Manifiesto comunista* como quien lee un valioso documento, antecedente para conocer y enfrentar mejor las realidades del presente y el futuro; compárese con el recuerdo de lo sucedido en los más de 150 años de historia transcurrida, y podrá el lector apreciar cómo verdades esenciales allí expuestas, están confirmadas y ejemplificadas en forma cada vez más dramática por la vida.

Sin comprender el papel de Asia, África y América Latina en el desarrollo de la lucha revolucionaria a escala internacional, no se podrá escribir la historia, ni mucho menos marchar hacia la independencia y la liberación de la humanidad de la explotación del hombre por el hombre. Si el estudio de este texto se hace desprejuiciadamente, quedará revelado cómo el curso de los procesos sociales y políticos confirmó que «la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases [...] opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces

y otras franca y abierta». Hay una importante advertencia para todos los seres humanos en ese documento: esa lucha *terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna*. Esta advertencia martilla nuestra mente y se presenta como la gran interrogante hacia el siglo XXI. Comprometámonos a trabajar porque se imponga la transformación revolucionaria de la sociedad, y ello sin la participación del Tercer Mundo será realmente imposible.

Ni en el documento, ni en su obra posterior los autores abordaron filosóficamente, con toda la profundidad que se puede hacer hoy, lo referente a la vida espiritual. No podía ser de otra manera, no inculpemos a los forjadores del socialismo de las limitaciones propias de su época histórica; sin embargo, el futuro de la humanidad tendrá derecho a inculpar a los hombres y mujeres de hoy por no estudiar suficientemente la importancia de la vida espiritual como tema esencial de la política. Estos análisis los espera América y el mundo de quienes hemos abrazado el pensamiento socialista.

El *Manifiesto comunista* nos invita a una reflexión acerca de las verdades que expone. Hoy podríamos decir, parafraseando a Engels, que el *Manifiesto comunista* es uno de los grandes documentos escritos para ayudar a los pobres de la tierra en favor de su liberación.